

El Papa denuncia «el abandono de los abuelos en residencias sin que los hijos vayan a verles»

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

La hermosa oración del anciano que encontramos en el Salmo 71 nos anima a meditar sobre la fuerte tensión que habita la condición de la vejez, cuando la memoria de las fatigas superadas y de las bendiciones recibidas es puesta a prueba por la fe y la esperanza.

La prueba se presenta ya de por sí con la debilidad que acompaña el paso a través de la fragilidad y la vulnerabilidad de la edad avanzada. Y el salmista – un anciano que se dirige al Señor – menciona explícitamente el hecho de que este proceso se convierte en una ocasión de abandono, de engaño, de prevaricación y de prepotencia, que a veces se ensaña contra el anciano.

Una forma de vileza en la que nos estamos especializando en nuestra sociedad. Y es verdad, en esta cultura del descarte los ancianos son apartados y sufren estas cosas. De hecho, no faltan quienes se aprovechan de la edad del anciano, para engañarlo, para intimidarlo de mil maneras. A menudo leemos en los periódicos o escuchamos noticias de personas ancianas que son engañadas sin escrúpulos para apoderarse de sus ahorros; o que quedan desprotegidos y abandonados sin cuidados; u ofendidos por formas de desprecio e intimidados para que renuncien a sus derechos. También en las familias. Esto es grave, pero sucede también en las familias. Tales crueldades también ocurren en las familias. Ancianos abandonados en residencias sin que los hijos vayan a verles o que vayan alguna vez al año. El anciano se queda fuera del ángulo de la existencia. Y esto sucede, sucede hoy, sucede en las familias, sucede siempre. Debemos reflexionar sobre esto.

Toda la sociedad debe apresurarse para cuidar de sus ancianos, son un tesoro, cada vez más numerosos, y a menudo también más abandonados. Cuando oímos hablar de ancianos que son despojados de su autonomía, de su seguridad, incluso de su hogar, entendemos que la ambivalencia de la sociedad actual en relación con la edad anciana no es un problema de emergencias puntuales, sino un rasgo de esa cultura del descarte que envenena el mundo en el que vivimos.

La vejez no solo pierde su dignidad, sino que duda incluso de que merezca continuar. Así, todos somos tentados para esconder la propia vulnerabilidad, esconder nuestra enfermedad, nuestra edad, nuestra vejez, porque tememos que sean la antesala de nuestra pérdida de dignidad.

Preguntémonos: ¿es humano inducir este sentimiento? ¿Por qué la civilización moderna, tan avanzada y eficiente, se siente tan incómoda con la enfermedad y la vejez? ¿Y por qué la política, que se muestra tan comprometida con definir los límites de una supervivencia digna, al mismo tiempo es insensible a la dignidad de una convivencia afectuosa con los ancianos y los enfermos?

De hecho, la vergüenza debería caer sobre aquellos que se aprovechan de la debilidad de la enfermedad y la vejez. La oración renueva en el corazón del anciano la promesa de la fidelidad y de la bendición de Dios. El anciano redescubre la oración y da testimonio de su fuerza.

Jesús, en los Evangelios, nunca rechaza la oración de quien necesita ayuda. Los ancianos, por su debilidad, pueden enseñar a los que viven otras edades de la vida que

todos necesitamos abandonarnos en el Señor, invocar su ayuda. En este sentido, todos debemos aprender de la vejez: sí, hay un don en ser anciano entendido como abandonarse al cuidado de los demás, empezando por Dios mismo.

Hay entonces un “magisterio de la fragilidad”, -no escondan la fragilidad-, que la vejez es capaz de recordar de manera creíble para todo el arco de la vida humana. No escondan la vejez, no escondan la fragilidad de la vejez. Esto es una enseñanza para todos nosotros.

Este magisterio abre un horizonte decisivo para la reforma de nuestra propia civilización. Una reforma que ahora es indispensable en beneficio de la convivencia de todos. La marginación -conceptual y práctica- de la vejez corrompe todas las etapas de la vida, no sólo la de la ancianidad. Cada uno de nosotros puede pensar hoy en los ancianos de la familia. ¿Cómo me relaciono con ellos?, ¿me acuerdo de ellos, voy a verles?, ¿trato de que no les falte nada?, ¿respeto a los ancianos que son de mi familia?

Los padres, los abuelos y los tíos, ¿los he borrado de mi vida o voy a verles para aprender sabiduría de la vida? Recuerda que también tú serás anciano. La vejez viene para todos y como tú querrías ser tratado en el momento de la vejez, trata a los ancianos hoy. Son la memoria de la familia, la memoria de la unidad, la memoria del país. Cuiden a los ancianos, que son sabiduría.